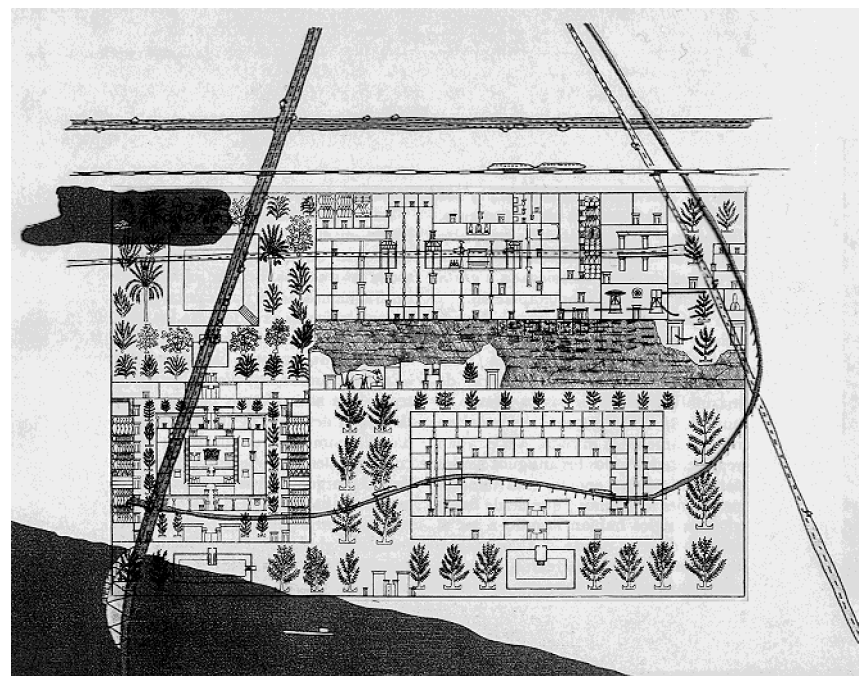


LA PRODUCCION CONTEMPORANEA DEL PAISAJE

JUAN MANUEL FERNANDEZ ALONSO



El dibujo de la portada es un diagrama de MECANOO architekten sobrepuesto a una representación de palacio y jardín procedente de Tell-el-Amarna, h. 1355 a.C.

En la segunda mitad del siglo XX la gran ciudad ha sobrepasado la idea de metrópoli estallando sobre territorios distantes. En su condición urbana ya no caben ni las características de compacidad y unidad de la antigua noción de ciudad, ni la organización de usos y sistemas sociales propios del mundo rural donde ahora se asienta.

La nueva ciudad ha crecido en el espacio a la vez que se ha contraído en el tiempo. Mientras, el proceso productivo ha desarticulado los vínculos territoriales históricos que no deseaba (1). En los países más avanzados, la madurez del nuevo régimen de producción del territorio no sólo ha destruido la dualidad que sintetizaba la idea de territorio hasta las transformaciones anteriores a la Segunda Guerra Mundial, sino que ha conseguido introducir la duda acerca de la posibilidad de elaborar arquitectónicamente el paisaje urbano de final de siglo.

Si añadimos a esta reflexión que la envergadura de la actividad urbanizadora contemporánea ha superado la magnitud de todas las referencias históricas de intervención sobre el paisaje; y que la cotidianeidad de las actuaciones ha

de la renovada preocupación por el futuro de la naturaleza y sus ecosistemas- y el sistema económico mundial cuando se enfrentan por la formalización del territorio? Ese es, probablemente, el interrogante que la arquitectura, el urbanismo y el paisajismo deben tratar de ir desvelando. Participar es, quizá, la única opción para averiguarlo.

Juan Manuel Fernández Alonso, arquitecto (ETSAM. 1988).

Este artículo ha sido publicado en el número 189 de Revista de Occidente. Madrid, Febrero 1997.

(1). En el libro *Madrid. Punto y seguido*, 1990, se encuentra una recopilación de artículos que analizan estos procesos. Destacan para nuestro objetivo: Manuel Castells, "Nuevas tecnologías y desarrollo regional"; A.J.Scott, "Procesos de localización, urbanización y desarrollo territorial: un ensayo exploratorio"; Peter Hall, "La planificación de una Europa de las regiones"; Richard V.Knight, "El Gobierno de la metrópoli postindustrial y la construcción de la ciudad global".

(2). Paul Valéry, "La conquista de l'ubiquité" en *Pièces sur l'art*. cit.por Walter Benjamin, en "La obra de arte en la época de su reproductibilidad" en *Discursos interrumpidos*. 1936. p.17-18.

(3). "Yo creo que se trata precisamente de lo contrario: del reconocimiento de la presencia de situaciones contingentes y por consiguiente de la colocación de nuestra actividad en las áreas más adaptadas, aunque sea técnicamente más restrictivo, bien consciente de que esta colocación está dentro de la dialéctica histórica, aunque no por esto debe depender de la dialéctica histórica." Vittorio Gregotti, *Il territorio dell'architettura*, 1966. p.82.

(4). Manuel Gausa, "Territorio vibrátil: reconocimientos en clave de acción" en *BAU 14*, p.139.

(5). Carlo Aymonino, *La formazione del concetto de tipologia edilizia*. Venecia, 1965. p.9.

(6). Rosa Barba. *Geometría*, nº 20. p.48.

reduzcan su incidencia sobre el medio físico y humano, con el fin de garantizar la sostenibilidad del modelo en su conjunto, en la formalización de su paisaje la movilidad ha de ser afrontada reconociendo que sus infraestructuras son punto de vista del nuevo paisaje y nuevo hecho paisajístico del territorio en construcción. Esa doble condición se acrecienta en la carretera: en ella confluyen la oferta de sus recorridos, la geometría de sus construcciones, la velocidad de su utilización y, finalmente y quizá más importante, su condición de soporte del automóvil, no tanto como sistema de transporte sino como forma de vida.

La reelaboración del concepto de *promenade architecturale* -el paseo arquitectónico- para su participación eficaz en la definición del nuevo paisaje puede constituirse en la herramienta que dé forma a la posibilidad de poner "en valor un amplio conjunto de suelos sin actuar directamente más que en una parte muy limitada de ellos".(6)

Si queremos intervenir en la producción de este territorio, o de sus alternativas, necesitamos aprovechar cada una de las oportunidades que puedan aparecer en todas las escalas del trabajo, explotando las circunstancias, haciendo de cualquier actuación una aportación a la forma del nuevo paisaje, sin esperar a un proyecto de contenido estrictamente paisajístico; una aportación que, según los casos, vendrá cargada de provisionalidad o permanencia, integrada en el *tempo* característico de la producción del nuevo paisaje.

¿Puede resultar algún paisaje coherente del intento de conciliación y diálogo entre el nuevo geocentrismo -síntesis

trastocado la condición de excepcionalidad que venía vinculada a la intervención de gran escala, podremos certificar que la rutina agrava hoy las consecuencias paisajísticas del proceso urbanizador.

El nuevo orden territorial se ha configurado como resultado físico de la evolución del sistema económico en paralelo a los nuevos medios tecnológicos disponibles. La nueva división internacional del trabajo en la economía global, la optimización de la cadena productiva y la rentabilidad de la ubicación de sus distintas fases, así como la respuesta espacial a los conflictos sociolaborales han impulsado la transformación de la ciudad tradicional. Las actividades productivas han construido un nuevo soporte territorial más adecuado a sus necesidades y, como derivada, un nuevo paisaje. El paisaje, entendido aquí en cuanto resultado físico y formal de la acción humana sobre la naturaleza, se nos aparece hoy como el fruto inmaduro de una colonización parcial, diseminada y fragmentaria de un territorio. En él, los lugares son evaluados por su capacidad de relación con la infraestructura, y la condición periférica ya no resulta un atributo del lugar geográfico en cuanto alejado de un centro, sino de la actividad que no garantiza su conexión a las redes de comunicación.

Pero, si la calidad del espacio en el que se desarrollan las actividades constituye, por un lado una ventaja en el orden de la competitividad empresarial y regional -el caso más notable sería la moderna industria del ocio-, y, por otro, un componente no monetario de la renta ofrecida al trabajador,

¿es realmente este paisaje en producción el adecuado para el sistema económico vigente? ¿Disponemos de un modelo alternativo? ¿Cuál es el papel reservado para que la arquitectura y el urbanismo participen en la definición del paisaje contemporáneo? ¿Cuál es la disposición de estas disciplinas para enfrentarse a los nuevos escenarios?

La cultura urbanística moderna desarrolló sus propuestas sobre dos planteamientos que convergieron en la idea de una ciudad alternativa: la búsqueda de modelos urbanos ideales y la elaboración de nuevas relaciones urbanas para los nuevos tipos edificatorios. *Utopía* y *tabula rasa* eran los mecanismos proyectuales modernos de una actuación que no ha podido mantenerse como paradigma de la intervención en el territorio, cuando a las actuales demandas de indeterminación y flexibilidad programática se ha sumado la exigencia de una anhelada simbiosis ecológica entre la naturaleza y el hombre, cuya meta es la sostenibilidad a escala planetaria de la civilización industrial.

Tampoco la reflexión posmoderna sobre la ciudad, elaborada entre otros por Rossi o Krier, ha encontrado mecanismos que favorezcan la mediación entre la arquitectura y la producción del territorio. El ya remoto diagnóstico de Gertrude Stein: "No existe el allí, allí", permanece aún vigente y resulta eficaz como descripción del paisaje abierto e indeterminado, dislocado y sincopado, de yuxtaposiciones y simultaneidades, que caracteriza a una región metropolitana.

En consecuencia, para este reto necesitamos inventar modos de pensar y actuar en el paisaje de un nuevo hecho urbano -más

actuación, referentes naturales que participen en la legibilidad y el funcionamiento del organismo artificial resultante.

De forma análoga cabe la posibilidad de reivindicar el lugar como germen de las decisiones proyectuales para la construcción en el paisaje. Se abre así la vía para introducir el sitio entre los parámetros propios de una redefinición del concepto de tipo: revisando su atributo de indiferencia ante la situación de contorno (5), posibilitando el reconocimiento de características homogéneas de relación entre la arquitectura y el paisaje, y reconociendo la necesidad de establecer nuevas tipologías en relación a los nuevos programas de uso y su vinculación con el territorio.

Una vinculación que antes hemos señalado está fundamentada en la accesibilidad. La renovación del contenido de los trabajos sobre el paisaje ha de enfrentarse también a la reflexión sobre la movilidad propia del territorio contemporáneo. Esta movilidad constituye, junto a otros entornos de comunicación, la base del nuevo organismo territorial y los elementos físicos que la garantizan: redes de carreteras, ferrocarriles y aeropuertos, resultan ser uno de los principales soportes funcionales del sistema económico. Sus imprescindibles trazados se caracterizan dualmente por ser una de las agresiones más intensas del territorio y a la vez la transformación que genera más expectativas de desarrollo a éste.

Si en el ámbito de las decisiones estratégicas sobre el modelo territorial resulta ineludible proponer alternativas que

naturaleza necesita asumir estratégicamente la modestia de nuestra disciplina reconociendo esos factores contingentes (3), y aprovechar interesadamente cada ocasión disponible para participar como cómplices en la "materialización de un paisaje desgarrado, difuso y definitivamente aformal".(4)

Esta participación en la elaboración del territorio no puede perder de vista que la escala del trabajo arquitectónico oscila entre el establecimiento estratégico de sus contenidos -una decisión interdisciplinar- y su formalización. El ajuste entre el espacio y la economía ha de ser resuelto unas veces en la arquitectura y otras en el urbanismo, pero siempre en el proyecto de un objeto que hoy manifiesta una indiferencia intrínseca hacia el lugar, hacia el contexto. Una condición atópica que dificulta en extremo cualquier intento de definición coherente del paisaje que corresponda al modelo de asentamiento vigente. Habrá que aceptar, entonces, una interpretación del contexto más acorde con los nuevos entornos artificiales o naturales del proyecto y quizá apoyarse en una poética de la situación -reclamada por Jean Nouvel- probablemente más generalizable y eficaz que la resurrección apasionada y nostálgica del *genius loci*.

En esa estrategia, la gran dimensión con que suelen presentarse los procesos de colonización difusa del territorio permitirá al urbanismo considerar el alcance paisajístico de sus decisiones. La mayor escala de la intervención y el propio vigor de los elementos y estructuras geográficas existentes abre la posibilidad, a veces insoslayable por su propia envergadura, de constituirlos en hechos característicos de la

que de una nueva ciudad- y examinar la capacidad y potencia de las herramientas disponibles en la arquitectura contemporánea. Asumir las nuevas condiciones de producción del territorio significa aceptar la transformación del paisajismo desde una actividad de carácter extraordinario, ligada a la acción de la élite económica y cultural, hacia una tarea implicada en la definición del espacio rutinario y cotidiano, dedicada a participar en la organización de un hábitat humano que se conforma desde una multiplicidad de intereses y estrategias. Querríamos pensar que hoy, en el contexto de las grandes ciudades, proyectar el paisaje es proyectar la forma del nuevo organismo urbano, lo que significaría transformar la disciplina del *landscape* en una parte necesaria de la práctica urbanística y medioambiental. Superando las limitaciones intrínsecas a la acción plástica propia del *land art*, la doble condición arquitectónica de hecho artístico y funcional impregnaría los trabajos sobre el paisaje.

Y esto no ha de significar el alejamiento de las tareas poéticas, organizativas y constructivas propias de la arquitectura, sino, más bien, la aceptación positiva, de acuerdo con Valery, de que los medios han cambiado, los avances de la ciencia han promovido la transformación del significado de la naturaleza para el hombre moderno y con ellos el hecho poético del territorio se ha transformado, originando una nueva Belleza.(2)

El territorio descrito encierra grandes retos que han de ser enfrentados con una práctica renovada de la arquitectura y el urbanismo: la integración de la naturaleza, la indeterminación

programática y la movilidad habrán de ser objeto de la reflexión y la práctica arquitectónicas mediante la reinterpretación de algunos mecanismos proyectuales disponibles.

Integrar la naturaleza en la ciudad fue un objetivo del movimiento moderno (sol, aire, verde) perseguido afanosamente en sus revolucionarias propuestas tipológicas y morfológicas (higienismo, ciudad del bloque abierto) y en la preparación de los estándares dotacionales de calidad urbana, que cristalizaron en una cultura consolidada del planeamiento urbano.

Ahora, tras el interregno del redescubrimiento de los tejidos urbanos de la ciudad tradicional, el desafío se sitúa en fusionar ésta con la naturaleza, inscribiéndola en las estructuras de la que antes fue mal entendida como vacío. Un auténtico problema de paisaje, en el que las huellas territoriales, presentes como anterioridad a la nueva acción humana, pueden ser entendidas y utilizadas como elementos de la composición en afirmación de sí mismas, no en una visión genérica de lo natural, sino otorgando al lugar la posibilidad de establecer significación y ser un elemento activo también en sentido poético.

En este proceso de dispersión cualificada que vivimos se han decantado, en negativo, dos componentes característicos del territorio anterior que pueden constituirse en objeto de atención para el proyecto del paisaje. El primero está formado por los denominados *terrain vague*, correspondientes a instalaciones industriales o infraestructuras obsoletas y

degradadas que, a pesar de su proximidad a las primeras áreas de centralidad, aún no se han reincorporado ventajosamente a la nueva estructura urbana. El segundo está integrado por los nuevos vacíos periféricos que, envueltos por los recientes asentamientos cual agujero de queso gruyère, no participan de las posibilidades del nuevo orden urbano mientras mantienen, en apariencia, las características del espacio rural o natural que los definió hasta hace poco, aunque en realidad lo hagan en precario y en progresiva decadencia.

Estos dos elementos viven hoy una condición pasiva. Sin embargo, la precariedad de sus vacíos puede convertirse en oportunidad de pensar la nueva estructuración de un territorio en el que se fusionen la ciudad y la naturaleza. El dilema urbanizar el campo o naturalizar la ciudad resuelto en la validez y necesidad de no elegir, de no eliminar, de apostar por su complementariedad. Desde esta opción, el paisaje del nuevo territorio podría pensarse como un jardín, y el jardín, proyecto de paraíso, naturaleza artificializada y artificio naturalizado, transfigurarse en la imagen del territorio soñado. La idea de jardín como rememoración del paraíso siempre ha considerado a la naturaleza como modelo de referencia. Quizá sea el momento de situar su referente en la propia ciudad que anhelamos hoy.

Pero los procesos contemporáneos de producción de espacio urbanizado sobre los que reflexionamos están cargados de indeterminación, multiplicidad, fragmentación, flexibilidad, y se caracterizan por su carácter abierto, e inconcluso. La disposición a establecer una nueva relación entre artificio y